

JLS • Journal of Libertarian Studies
Volumen 22 (2010): Págs. 273 a 293

**“Libertad y prosperidad en
Liechtenstein: un análisis conforme
a las tesis del Profesor Hans
Hermann Hoppe”.**

Andrew Young

Traducido al español por/Translated into spanish by:

Juan José Gamón Robres (abril 2016) (juanjogamon@yahoo.es)

Índice de contenido

2.- INTRODUCCIÓN.....	273
3.- LAS TESIS DE HOPPE SOBRE MONARQUÍA Y DEMOCRACIA.....	274
4.- SU APLICACIÓN A LIECHTENSTEIN.....	280
4.1.- La formación del Estado.....	280
4.2.- La política exterior.....	281
4.3.- Políticas económicas.....	282
4.4.- La Monarquía Hoy.....	284
5.- ¿POR QUÉ LIECHTENSTEIN CONSERVA SU LIBERTAD?.....	288
5.1.- Su aislamiento frente a la Revolución Francesa.....	288
5.2.- El tamaño del Estado.....	293
6.- CONCLUSIÓN.....	295
7.- REFERENCIAS.....	297

ACERCA DEL AUTOR:

Andrew Young fue un estudiante de Derecho en la Universidad de Louisville. Le gustaría agradecer al profesor Sean Busick sus comentarios sobre una versión anterior de este artículo y al Profesor Hans-Hermann Hoppe por ayudarlo a aclarar sus ideas respecto a la posición del Príncipe Hans-Adam II en lo tocante a la secesión. Este artículo también se enriqueció gracias a los comentarios de un árbitro anónimo. Todas las opiniones e interpretaciones, por supuesto, son enteramente del autor y sólo él es responsable de cualesquiera errores que pudiera contener. Una versión anterior de este documento fue presentada en la *Austrian Scholars Conference* de 2007.

2.- INTRODUCCIÓN

Liechtenstein ha sido durante mucho tiempo reconocido como uno de los países más libres y prósperos del mundo. Sin embargo, ha habido poco análisis sobre el desarrollo de Liechtenstein porque las pocas investigaciones realizadas estaban escritas en alemán y por lo tanto eran inaccesibles para la mayoría de estudiosos norteamericanos. Por otra parte, muchos no vieron ninguna necesidad de estudiar Liechtenstein, al considerarlo como un sistema político anacrónico que era producto de un accidente de la Historia. La Monarquía de Liechtenstein, a diferencia de la mayoría de las monarquías de otros Estados europeos, conserva amplias facultades y está involucrada en el diario funcionamiento del gobierno. De hecho, en 2003, los nacionales de Liechtenstein votaron para dar a la Monarquía aún más poder, lo que llevó a la BBC a observar que habían "*votado para hacer de su príncipe un nuevo monarca absoluto*".¹

1 "Liechtenstein prince wins powers".

Sin embargo, estudios más recientes permiten examinar las razones del éxito de Liechtenstein. **David Beattie**, ex embajador británico en Suiza y Liechtenstein, publicó una historia completa de Liechtenstein en 2004 ². Ese libro, junto con la investigación anterior de **Pierre Raton**, proporcionan material suficiente para analizar el desarrollo de Liechtenstein. El trabajo del economista y filósofo político **Hans-Hermann Hoppe**, específicamente su influyente libro "*Democracy, The God That Failed: The Economics, Politics of Monarchy, Democracy and Natural Order*" nos ofrecen un marco para analizar el desarrollo de Liechtenstein. En su libro, Hoppe argumenta que, contrariamente a la creencia popular, la transición histórica de la monarquía a la democracia representa un declive, no un progreso. Hoppe ofrece una tesis que consta de argumentos para apoyar su teoría. En primer lugar, los monarcas, a diferencia de los gobernantes democráticos, tienden a tener una baja preferencia temporal; por lo tanto, si es posible, evitan las guerras y subir los impuestos por miedo a dañar el valor capital a largo plazo del Estado. En segundo lugar, bajo una monarquía existe una clara distinción entre gobernantes y gobernados; esta "*conciencia de clase*", como la llama Hoppe, invita al público a resistir los excesos gubernamentales. ³ En la primera parte de este artículo se explicará la tesis de Hoppe en detalle, centrándonos en particular en la preferencia temporal y la conciencia de clase: dos factores que han jugado un papel clave en el desarrollo de Liechtenstein. En la segunda parte se aplicará la teoría de Hoppe a la historia de Liechtenstein. La tercera parte explica por qué Liechtenstein ha mantenido su libertad en una época de gobiernos todopoderosos.

3.- LAS TESIS DE HOPPE SOBRE MONARQUÍA Y DEMOCRACIA

En primer lugar, es necesario dar la definición del prof. Hoppe de preferencia temporal y la definición de lo que para él es el Estado. Preferencia temporal es el grado en que las personas valoran más los beneficios futuros que los presentes. Una persona con una baja preferencia temporal se orienta hacia el futuro, Y prefiere, por ejemplo, ahorrar e invertir a consumir y gastar.

2 Para un estudio de la Historia de Liechtenstein centrado exclusivamente en la Monarquía, véase a Beattie (2004b).

3 Véase Hoppe (2001, caps. 1-3).

Por el contrario, una persona con una alta preferencia temporal está orientada al presente, prefiere obtener una gratificación instantánea.⁴ Hoppe define un Estado como un monopolio territorial sobre la toma de decisiones últimas (jurisdicción), que obtiene recursos expropiándoselos a los demás por medio de impuestos los cuales suponen una violación de los derechos de propiedad. Los Estados, por naturaleza, tienden a expandirse, conforme los gobernantes intentan aumentar la superficie de territorio que está bajo su jurisdicción. Por otra parte, los gobernantes tienden a confiscar la riqueza a un ritmo creciente. En resumen, los gobernantes de un Estado utilizan naturalmente sus recursos en su propio beneficio.⁵

En una monarquía, la familia real es la "dueña" del Estado, puesto que el monarca reinante mantiene el control del Estado hasta su muerte, pasando la propiedad a su heredero. El Estado es, en efecto, una propiedad privada, y por lo tanto Hoppe se refiere a la monarquía hereditaria como "propietaria de un Gobierno".⁶ Un monarca impondrá tributos a sus súbditos, pero mantendrá los impuestos tan bajos como sea posible, ya que, como, literalmente, es el "dueño" del Estado, tiene un incentivo para que sus súbditos sean lo más productivos posible. Los altos impuestos en última instancia, disminuyen el valor del capital a largo plazo del Estado, ya que, cuando la gente produce cosas de valor, espera sacar provecho de su trabajo. Sin embargo, si los impuestos son altos, tiene poco incentivo para seguir produciendo, ya que el Estado se apropiará todos los frutos de su trabajo. Por lo tanto, a medida que aumentan los impuestos, la productividad disminuye. Luego los impuestos elevados reducen el valor del capital a largo plazo del Estado y, por lo tanto, disminuyen los futuros ingresos fiscales del monarca. Como resultado, los monarcas tienden a tener una baja preferencia temporal y por lo tanto a mantener impuestos bajos para conservar el valor capital de su monopolio fiscal. De hecho, con frecuencia los monarcas se ven obligados a tener sus propios negocios "normales" al no poder mantenerse exclusivamente con los ingresos tributarios.⁷

En una democracia, por el contrario, el ejecutivo suele ser un presidente o primer ministro, elegido por un tiempo determinado (normalmente cuatro

4 Véase Hoppe (2001, págs. 1-3).

5 Véase Hoppe (2001, pág. 45).

6 Hoppe (2001, págs. 15-17).

7 Véase Hoppe (2001, págs. 19-20). Véase también De Jouvenel (1957, págs. 212-13).

años). Éste no puede transmitir la propiedad del Estado a sus herederos y, de hecho, no es dueño del mismo. En lugar de ello, los presidentes son mejor descritos como "curadores temporales o fideicomisarios" ⁸ El Estado no es propiedad de una familia privada, sino del público. Por lo tanto, una democracia puede ser descrita como un gobierno de propiedad pública. Ya que el presidente sólo controla el monopolio de los impuestos y de la jurisdicción por un corto periodo de tiempo, su incentivo es explotar al Estado y a sus súbditos tanto como sea posible durante el tiempo en el que permanezca en el poder; un presidente democráticamente elegido tendrá una alta preferencia temporal. Por lo tanto, en una democracia, hay un alto incentivo para que los gobernantes establezcan impuestos elevados para maximizar su poder mientras se mantengan en él.⁹ Para apoyar esta teoría, Hoppe señala que los monarcas no cobran impuestos sobre la renta, que castigan la productividad; el impuesto sobre la renta es una creación de la democracia.¹⁰

Por la misma razón, las monarquías acumulan menos deudas que las democracias. Un rey es menos probable que pida prestado en exceso porque "se ve limitada en esta inclinación" natural "por el hecho de que, como propietario privado del Estado que es, él y sus herederos son considerados personalmente responsables del pago de todas sus deudas". ¹¹ Un monarca puede quebrar y sus acreedores le pueden obligar a liquidar sus activos para pagar sus deudas. Los Presidentes, por el contrario, tienden a acumular deudas excesivas. Las deudas que acumulan son consideradas públicas, no privadas. Un presidente, a diferencia de un monarca, no puede ser considerado personalmente responsable. Esto crea un mayor incentivo para acumular una deuda masiva y transmitirla a futuras generaciones.¹²

Un monarca, como propietario privado del Estado que es, tiende a favorecer las medidas tendentes a preservar el Derecho de Propiedad Privada vigente y tiene pocos incentivos para redistribuir la renta y la riqueza. Tiene

8 Hoppe (2001, pág. 17).

9 Véase Hoppe (2001, pág. 24).

10 Véase Hoppe (2001, pág. 55).

11 Hoppe (2001, pág. 27). Kuehnelt-Leddihn (1943, págs. 108-09) indica que los monarcas medievales solo recurrieron al endeudamiento porque no tenían bastante poder para obtener recursos suficientes por medio de los impuestos.

12 Véase Hoppe (2001, pág. 27).

poca motivación para redistribuir la riqueza a través de mecanismos tales como los aranceles, los programas de bienestar o los subsidios a la industria debido a que el efecto final de la redistribución es premiar la improductividad. Gratificar la improductividad sólo alienta la improductividad futuro; Por lo tanto, la redistribución disminuye el valor del capital de un Estado. Por el contrario, un presidente y una legislatura elegidos preferirán promulgar paulatinamente un Derecho Positivo "Público" que les permita ganar a nuevos grupos de electores; no poseen al Estado y por lo tanto no tienen ningún incentivo para mantener su valor. Por lo tanto, con una democracia, los aranceles, los programas de bienestar y las ayudas estatales a la industria se convertirán en prevalentes.¹³

La redistribución de la riqueza que acompaña a la democracia tiene dos efectos, negativos. En primer lugar, el Derecho "*se vuelve cada vez más flexible e impredecible*"¹⁴ Esto aumenta la preferencia temporal porque uno tiene pocos incentivos para ahorrar cuando sabe que su propiedad le puede ser incautada en cualquier momento; las empresas invierten menos y las personas ahorran menos. Además, aumentan las tasas de criminalidad porque la ley cambia constantemente y no hay normas inmutables. En segundo lugar, la redistribución conduce a una "infantilización" de la sociedad, en la que prácticamente todas las empresas e individuos dependen del Estado. La transferencia de ingresos a alguien que no ha hecho nada para ganarlos les recompensa por ser improductivos; por lo tanto, la redistribución agrava los problemas que está llamada a resolver. Las empresas que se benefician de los subsidios y los aranceles se vuelven menos eficientes y piden más aranceles y subsidios. Los perceptores de la asistencia social no encuentran trabajo y a su vez piden más ayudas.¹⁵ Como resultado, la mayoría de los gobiernos occidentales dedican más del 50% de los gastos totales a financiar los programas asistenciales del Estado del Bienestar, en comparación con casi nada durante la era monárquica.¹⁶ Esto produce lo que Hoppe denomina "*proceso de descivilización*" en el que las preferencias temporales de los

13 Véase Hoppe (2001, págs. 28–33).

14 Hoppe (2001, pág. 31).

15 Véase Hoppe (2001, págs. 30–33).

16 Véase Hoppe (2001, pág. 65).

gobernantes y gobernados disminuyen a perpetuidad y el gobierno se entromete en casi todos los aspectos de la vida cotidiana.¹⁷

Mientras que todos los gobiernos son por naturaleza expansivos, los gobiernos monárquicos prefieren los medios menos costosos y menos violentos de adquisición de nueva riqueza. Un monarca que aumenta los impuestos para formar un ejército arriesga reducir el valor capital de su Estado. Por lo tanto, expandirá sus dominios por medios menos onerosos, como los matrimonios políticos y las compras. Cuando los monarcas no pueden expandirse por esos medios y optan por recurrir a la guerra, lo hacen empleando los medios más "baratos", contratando a mercenarios y despidiéndolos al final de la campaña.¹⁸

Un gobernante democrático tiene un incentivo para incrementar la explotación territorial del Estado por los medios más expeditos para así maximizar sus ganancias antes de salir del gobierno o para impresionar a los votantes y que le vuelvan a elegir. Por ello, en vez de recurrir a los matrimonios y a las compras, un presidente se apoderará de nuevos territorios por medios más rápidos, a saber, por la conquista militar. De hecho, las opciones de compra y de matrimonio no están disponibles los para gobernantes democráticos porque un presidente no es "dueño" del Estado y por lo tanto no puede disponer de él.¹⁹

Un segundo factor limita el poder del gobernante en una monarquía: una conciencia de clase entre los súbditos. Al ser el monarca propietario privado del Estado, distribuirá los cargos y empleos gubernamentales a miembros de su familia, a sus amigos y a sus cortesanos. Tiene pocos incentivos para dar cargos y empleos a la población en general, ya que eso le permitiría mermar las ganancias de su familia. Por lo tanto, bajo una monarquía, se desarrolla una "conciencia de clase"²⁰ entre la población general. La población ve que existe una clara separación entre ella y la clase dirigente y por consiguiente defiende enérgicamente sus libertades. Se resisten a soportar pesados impuestos y ven las guerras como un problema del monarca, no de ellos. De

17 Véase Hoppe (2001, cap. 1).

18 Véase Hoppe (2001, cap. 1). Para una exposición fascinante de las diferencias entre la forma de conducir la guerra de las monarquías y de las democracias véase a Kuehnelt-Leddihn (2000).

19 Véase Hoppe (2001, cap. 1).

20 Hoppe (2001, pág. 21).

este modo, el rey no tiene poder para reclutar a sus súbditos en su ejército y se ve obligado a contratar a mercenarios. El pueblo también espera que el monarca se financie sus guerras; en las antiguas monarquías, los gobernantes o bien financiaban sus guerras por sí mismos o bien por medio de una tributación mínima. En las democracias, en contraste, el nacionalismo se convierte en la regla, porque como el público no ve que exista esa distinción entre gobernantes y gobernados forma una identificación emocional con la nación en su conjunto. Y es así como el pueblo acaba tolerando el reclutamiento en masa y soportando una pesada carga impositiva.²¹

Las características personales de los gobernantes también empeoran en una democracia. Los monarcas reciben su reino por accidente en virtud de nacimiento; por lo tanto, es posible que un príncipe "*sea un diletante inofensivo o incluso una persona buena y moral*".²² Un presidente elegido, por el contrario, es casi seguro que será un demagogo porque la democracia politiza todos los aspectos de la vida; nada está fuera del ámbito de la política. Este estado de cosas prevalece en la democracia, ya que, como mencioné anteriormente, la distinción entre gobernantes y gobernados desaparece. Dado que todo el mundo puede participar en el saqueo, el público va a ofrecer poca resistencia a la innovación gubernamental. Esto anima a los políticos a avivar la envidia de las masas, ofreciéndoles dádivas bajo la forma de programas de asistencia social. Con tal sistema, el político más exitoso será simplemente quien sea mejor demagogo.²³ Para tener éxito, a un político democrático se le exige casi invariablemente, en palabras de **H.L. Mencken** (1926, pág. 118), a "*rebajarse por debajo del nivel de los cerdos*". Por otra parte, la monarquía promueve una perspectiva cosmopolita entre los príncipes, ya que, a diferencia de la democracia, desalienta el nacionalismo. Los Príncipes que carecen de una perspectiva nacionalista van a aprender los idiomas y costumbres de otros territorios y por lo tanto a ser más hábiles en diplomacia.²⁴ De este modo, la monarquía deja abierta la posibilidad de un gobernante benigno; la democracia garantiza en cambio que sólo el peor ascenderá a la cima.

21 Véase Hoppe (2001, cap. 1). Sobre esta cuestión véase también a De Jouvenel (1948, 1957).

Para un estudio de la relación entre la Democracia y la conscripción, véase Nickerson (1942).

22 Hoppe (2001, pág. 88).

23 Véase Hoppe (2001, págs. 87-89). Para un tratamiento hilatrante de los charlatanes que alcanzaron la cumbre en regímenes democráticos —y de los memos que los eligieron— véase a Mencken (1926).

24 Véase Hoppe (2001, págs. 36-37).

Por último, un gobierno monárquico da a los libertarios una opción de "reforma desde arriba" que no está disponible en democracia. Un monarca, como se ha mencionado anteriormente, hereda su posición por nacimiento y por lo tanto también puede ser una persona decente. Los políticos demócratas, por el contrario, se "*seleccionan hoy en día de acuerdo a sus talentos demagógicos y a su probado registro como persona habitualmente inmoral*"²⁵ y por lo tanto es poco probable que se les pueda convertir al ideal libertario.²⁶

4.- SU APLICACIÓN A LIECHTENSTEIN

4.1.- La formación del Estado

la formación de Liechtenstein se ajusta a la teoría del gobierno privado de Hoppe; el Estado se formó mediante la pacífica compra de dos territorios acordada políticamente. La Casa de Liechtenstein comenzó a acumular los territorios que ahora comprenden el moderno Liechtenstein en 1699, cuando el príncipe **Johann Adam Andreas von Liechtenstein** compró el Señorío de Schellenberg. El príncipe se aseguró una primera opción sobre el territorio de Vaduz también, que ejerció en 1712. El dueño anterior había considerado los ingresos de esos territorios insuficientes debido, entre otras razones, a la inestabilidad social y económica y a la falta de recursos naturales, y quería encontrar a "*un comprador que fuese lo suficientemente rico como para no necesitar los ingresos procedentes de los dos territorios*".²⁷ El emperador austríaco **Carlos VI** permitió al sucesor de Hans-Adam, el **Príncipe Anton Florian**, a unir los territorios bajo el nombre de la Casa del de Liechtenstein en 1719, por lo que es el Estado 343 del Sacro Imperio Romano Germánico.²⁸ El Principado permaneció dentro del Imperio hasta que consiguió la plena soberanía en 1806.

25 Hoppe (2001, pág. 287).

26 Sobre esto véase Hoppe (2001, págs. 287-88).

27 Beattie (2004a, págs. 4-6).

28 Véase Beattie (2004a, pág. 16).

4.2.- La política exterior

La preferencia temporal y la conciencia de clase han frenado la política exterior de Liechtenstein, siendo quizás la abolición de su ejército el mejor ejemplo de ello. Cuando la guerra austro-prusiana estalló en 1866, Liechtenstein favoreció a su vecina Austria, puesto que la Casa de Liechtenstein y la Casa de Habsburgo habían disfrutado de una larga relación. El **Príncipe Johann II** dirigió un ejército de ochenta hombres en el teatro bélico italiano; como la teoría de Hoppe predeciría, Johann II financió la campaña por sí mismo (de hecho, ya había mantenido al ejército en su totalidad con sus propios fondos). Al final de la guerra, la Confederación Alemana quedó disuelta y, como miembro de la Confederación que era, Liechtenstein se había visto obligado a mantener un ejército. Al desaparecer esa obligación, según Raton (1970, págs. 45-46), Johann II vio al ejército como un gasto innecesario y lo disolvió en 1868.

Cabe señalar que Raton y Beattie no están de acuerdo en cuanto a la abolición del ejército. Como se mencionó anteriormente, Raton lo caracteriza como una decisión unilateral de Johann II para reducir sus gastos. Beattie (2004a, pág. 30), por el contrario, afirma que, cuando terminó la guerra, el Parlamento "*aprovechó la oportunidad para oponerse a la aprobación de un mayor gasto militar*". Según la tesis de Beattie, Johann II se opuso al Parlamento, pero en última instancia, lo aceptó. En cualquiera de los casos, sin embargo, el gobierno privado de Liechtenstein desempeñó un papel clave en la eliminación del ejército. Si la tesis de Raton es correcta, entonces la preferencia temporal de Johann II le hizo ver al ejército como un gasto innecesario de su capital. La conciencia de clase desempeña un papel clave en la tesis de Beattie, ya que el Parlamento es la rama del gobierno más cercana a la gente; si el Parlamento obligó a Johann a disolver el ejército, era probable que fuese reflejo de la conciencia de clase de sus constituyentes, que vieron un ejército permanente como una amenaza a la libertad.

Liechtenstein continuó con su política de no mantener un ejército permanente a lo largo de las dos guerras mundiales. Johann II hasta resistió cierta presión popular dirigida a revivir un ejército que ayudase a Austria durante la Primera Guerra Mundial. Beattie (2004a, págs. 39-40) escribe que "*dado el estado de ánimo fuertemente pro-austríaco del Principado*" y las

conexiones históricas de Liechtenstein con Austria, *"es quizás sorprendente que Johann II mantuviera una posición con tan gran visión de futuro y tan firme"*. Sería difícil encontrar mejor ejemplo histórico de un gobernante cuya visión de futuro salva a su pueblo del desastre.

4.3.- Políticas económicas

A lo largo de la historia de Liechtenstein, la preferencia temporal y la conciencia de clase han hecho que los impuestos que gravan a las personas y empresas sean reducidos. La legislación fiscal, a diferencia de lo que sucede en Estados Unidos, no es excesivamente pormenorizada.²⁹ El sistema fiscal es progresivo y el tipo máximo del impuesto sobre la renta —acumulando el impuesto nacional y local— es solo del 17,01%; también hay un impuesto progresivo sobre el patrimonio pero su tipo máximo es de tan solo el 8,5%.³⁰

Desde la década de 1920, las políticas fiscales de Liechtenstein respecto de la fiscalidad de las empresas se han centrado más en el capital existente que en la riqueza creada, los ingresos y las ganancias (aunque ha habido cambios para adaptarse a la situación económica) y siempre ha tenido impuestos reducidos.³¹ Esta política refleja una baja preferencia temporal puesto que permite a las empresas y a la industria aumentar el valor del capital a largo plazo del Estado; conservan una gran parte de la riqueza que generan y la utilizan para fines de investigación y desarrollo. Esto ha dado lugar a unos avances en investigación y desarrollo que no eran de esperar dado el pequeño tamaño de Liechtenstein. Por ejemplo, en el año 2000, las empresas industriales en Liechtenstein destinaron cerca del 5% de su cifra de exportación a investigación y desarrollo, con el 11% de su personal dedicado a ello.³²

Liechtenstein ha instituido algunos programas de bienestar social, como son la seguridad social, el sistema de salud, la asistencia a los discapacitados y un seguro de desempleo. Esto no debería ser una sorpresa dada la ubicación del país en un continente de Estados de Bienestar. Sin embargo, el gasto social de Liechtenstein es considerablemente más bajo que el de los Estados

29 Véase Beattie (2004a, pág. 277).

30 Véase Beattie (2004a, pág. 277).

31 Véase Beattie (2004a, pág. 72).

32 Véase Beattie (2004a, págs. 277, 280).

de Bienestar democráticos en los que, como se mencionó anteriormente, el gasto social por lo general consume más del 50% del gasto público. En 2001, Liechtenstein destinó sólo el 20% de su presupuesto a programas de bienestar social ³³ Beattie (2004a, pág. 347) señala que en Liechtenstein no existe "una mentalidad de beneficiario" y sus programas de bienestar se basan en la reciprocidad, lo que obliga a los beneficiarios a encontrar trabajo tan pronto como sea posible para evitar la dependencia del Estado.

La conciencia de clase ha jugado un papel importante en Liechtenstein al limitar la intervención del Estado en la economía. En la descripción de la actitud de la gente de Liechtenstein, por ejemplo, Beattie (2004a, págs. 275-76) señala que las demandas al Estado se han visto limitadas "*por la tradicional, y a veces excesiva, vigilancia de los votantes, que tienen unos fuertes prejuicios contra la existencia de un 'Estado grande'*".

La política de Liechtenstein sobre evasión de impuestos proporciona un ejemplo sorprendente de ese tipo de prejuicio, prevalente en el país. En Liechtenstein —a diferencia de la mayor parte de las democracias occidentales— la evasión de impuestos no es delito (aunque sí que es un ilícito civil).³⁴ La razón de esto, de acuerdo con Beattie (2004a, pág. 322), es "*que al ciudadano se le considera como una persona de confianza y con conocimiento en lugar de un sujeto administrado*".³⁵ Cualquier Estadounidense que ha sufrido una auditoría del *Inland Revenue Service (IRS)* (la Agencia Tributaria de Estados Unidos) sabe que donde hay democracia de masas prevalece la mentalidad opuesta.

El pueblo de Liechtenstein exhibe una baja preferencia temporal y un escepticismo sano respecto de los impuestos. El resultado es un Estado en el que, de acuerdo con Beattie (2004a, p 323.):

La política fiscal es a largo plazo, estable y predecible. La intención es dejar tanta libertad como sea posible a los ciudadanos para que decidan sobre el mejor empleo de su propio dinero. Las decisiones fiscales se toman cerca de los ciudadanos,

33 Véase Beattie (2004a, pág. 279).

34 Véase Beattie (2004a, pág. 322).

35 Por la misma razón, Liechtenstein no extradita a la gente aunque esté acusada de evasión fiscal, puesto que Liechtenstein no cree que deba responsabilizarse de recaudar impuestos de otros Estados. Estados Unidos, al parecer, viéndose incapaz de aceptar la posibilidad de que alguno de sus contribuyentes pueda escapar de su jurisdicción (y de sus cárceles), insistió en un acuerdo en cuya virtud Liechtenstein extraditará a los norteamericanos por evasión fiscal. Véase Beattie (2004a, págs. 322-23, 333-34).

y, a veces, son ellos mismos quienes las toman. El gasto público, tanto central como local, es transparente y está sometido a un estrecho seguimiento. La Administración Pública no está plagada de corrupción. No hay grandes burocracias derrochadoras y no hay grandes proyectos especulativos cuyo resultado presupuestario sea incierto.

Estas cualidades también han limitado al Estado en otras áreas de la economía. El endeudamiento nunca ha sido un problema y no existe literalmente una deuda nacional. Un gasto público excesivo tampoco es problema; durante años ni siquiera ha habido déficit presupuestario.³⁶ Las empresas y la industria nunca han recibido subvenciones estatales. Beattie (2004a, pág. 140) señala que las empresas industriales de Liechtenstein "fueron abandonadas a su suerte: tenían que nadar o hundirse". Sin embargo, como Hoppe habría predicho, "Nadaron"³⁷ sin la ayuda del gobierno.

4.4.- La Monarquía Hoy

Como se dijo antes, Liechtenstein conserva muchas de las características del antiguo régimen. La Monarquía tiene amplios poderes, incluyendo el derecho a nombrar a los jueces, vetar la legislación y disolver el Parlamento. Además, como la teoría de Hoppe predeciría, la Monarquía mantiene numerosas empresas (como LGT Bank de Liechtenstein y una compañía de tecnología del arroz) de modo que no tiene que sostenerse con los ingresos fiscales; la Monarquía, de hecho, es totalmente auto-suficiente, y no percibe ingresos tributarios.³⁸

La monarquía también ha demostrado ser receptiva a las ideas libertarias. El príncipe Hans-Adam II, que reinó como príncipe soberano desde 1989 hasta 2004, cuando entregó el poder a su hijo (que sigue siendo Jefe del Estado), elocuentemente defendió los bajos impuestos de su país en una disputa con la Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE). En 1996, la OCDE inició un proyecto sobre "competencia fiscal dañina".³⁹ Tras una serie de informes, la OCDE acusó a Liechtenstein (junto a Mónaco, Andorra y otros Estados pequeños) de ser un "paraíso fiscal opuesto a cooperar".⁴⁰ La OCDE

36 Véase Beattie (2004a, pág. 275).

37 Beattie (2004a, pág. 140).

38 Véase Beattie (2004a, págs. 184-86).

39 Beattie (2004a, págs. 323-27).

40 Beattie (2004a, pág. 327).

—a pesar del hecho de que Liechtenstein no era miembro de la misma— reclamó sanciones contra Liechtenstein si no armonizaba sus políticas fiscales y sus leyes de secreto bancario con las de las democracias más grandes y centralizadas. Los bajos impuestos y un estricto secreto bancario, afirmó la OCDE, animan a las empresas internacionales a mover capital a jurisdicciones más pequeñas. El Príncipe Hans-Adam II, en un esfuerzo por conseguir que se eliminara a Liechtenstein de esa lista, inició negociaciones con la OCDE. Sin embargo, cuando la OCDE se negó a dar a Liechtenstein el mismo trato que a los Estados miembros, abandonó las negociaciones.⁴¹

Durante el debate con la OCDE Hans-Adam expuso proféticas críticas a la centralización económica. Sostuvo que, a pesar de las buenas intenciones de los miembros de la OCDE, el resultado final de sus propuestas sería "un cartel de impuestos a escala mundial".⁴² El príncipe observó que una tributación centralizada y una limitada privacidad financiera llevarían a que se tratara a los ciudadanos comunes como a criminales, obligándoles a probar su inocencia, aún cuando no hubieran sido acusados de delito alguno. Hasta los criminales, señaló, son considerados inocentes hasta que se demuestra lo contrario. Beattie (2004a, p 331) explica esta posición al dar cuenta del discurso de la Corona pronunciado por Hans-Adam el 29 de marzo 2001:

Un intercambio completo y mundial de la información supondría dejar a los ciudadanos completamente transparentes ante el Estado en todos sus asuntos financieros, obligados permanentemente (a diferencia del delincuente común) a probar su inocencia ante las autoridades. Las intenciones pueden ser buenas; pero la consecuencia lógica sería un gobierno mundial, llamado OCDE, responsable ante nadie, excepto unos pocos políticos que manejarían los hilos en la sombra.

Hans-Adam logró una "reforma libertaria desde arriba" cuando los nacionales de Liechtenstein aprobaron su paquete de enmiendas constitucionales en 2003. Beattie (2004a, p 176) señala que el artículo I fue modificado para que tuviera la redacción siguiente: "*El fin del Principado de Liechtenstein es permitir a quien viva dentro de sus fronteras hacerlo en libertad y en paz*". Esta frase, dice Beattie (2004a, pág. 176), se insertó para "*hacer hincapié en que la adhesión al Estado se basa en la libre voluntad y que el Estado*

41 Véase Beattie (2004a, págs. 323–33).

42 Beattie (2004a, pág. 331).

no es un fin en sí mismo". Bajo un régimen democrático, sin embargo, el Estado tiende efectivamente a convertirse en "*un fin en sí mismo*". Las democracias son propensas a un emocional colectivismo nacionalista ⁴³, en el que no se tolera ninguna disidencia y en el que los individuos se despersonalizan en beneficio de una abstracta y glorificada nación-Estado. **Erik von Kuehnelt-Leddihn** (1943) dedicó un libro entero, apropiadamente titulado "*The Menace of The Herd*" ("*La amenaza de la manada*") a esta característica preocupante de la democracia. Refiriéndose a la democracia moderna a la que califica como "*oclocracia*" (gobierno de las masas), Kuehnelt-Leddihn (1943, pág. 116; en cursiva en el original) escribe: "La única libertad compatible con el verdadero espíritu de la oclocracia es *la libertad colectiva —la libertad de una clase o de un Estado-Nación—*. Las restricciones impuestas por el gobierno de Estados Unidos a las libertades civiles durante la Primera Guerra Mundial —guerra en la que Estados Unidos entró para "*conseguir que el mundo fuese más seguro para la democracia*"— es tal vez la prueba más evidente de esta tendencia. De todos los países beligerantes, Estados Unidos fue sin duda el más democrático. Sin embargo, como señala el historiador **Niall Ferguson** (1999, págs. 222-23) las medidas más severas contra la disidencia se tomaron en Norteamérica; las describe como "*draconianas*" y dice que "*hacen burla de la reivindicación que hicieron las potencias aliadas según la cual estaban luchando por la libertad*".

El paquete de enmiendas del Príncipe contenía otra propuesta libertaria: garantizar a los municipios el derecho a separarse del Estado. Algunos de sus críticos argumentaron que la medida podría alentar la división y que, en cualquier caso, no era necesaria debido a que los municipios tenían derecho a la secesión en virtud de las disposiciones ya existentes. Hans-Adam II, sin embargo, quería que el derecho de secesión se declarase explícitamente por dos razones. En primer lugar, porque era un firme creyente en el derecho a la libre auto-determinación y quería dar un ejemplo a nivel internacional. En segundo lugar, haciendo gala de una particular visión de futuro, señaló que, en algún momento, Suiza podría unirse a la Unión Europea y, si lo hiciera, Liechtenstein bien podría seguirla debido a las estrechas relaciones económicas y políticas existentes entre ambos países. Algunos municipios, sin embargo, podrían no querer adherirse a la Unión Europea, por lo que

43 Véase Kuehnelt-Leddihn (1943).

codificando un derecho a la secesión se les garantizaría una manera de optar por salir.⁴⁴

Es interesante que las propuestas iniciales de Hans-Adam sobre la secesión no se limitaran a las comunas; quería hacer extensivo el derecho a la secesión a los distritos e incluso a los individuos. Sus críticos, sin embargo, consideraron estos aspectos inviables. Beattie dedica poco espacio al debate sobre la propuesta de Hans-Adam de permitir a las personas optar por la secesión, limitándose a observar que algunos críticos argumentaron que las personas ya podían separarse abandonando el país.⁴⁵ Sin embargo, puesto que los individuos ya podían salir del país, tenía poco sentido constitucionalizar ese derecho. Por lo tanto, el Príncipe probablemente quería garantizar a los particulares el derecho a declararse independientes del Estado de una manera similar a la sugerida por libertarios como **Herbert Spencer** (1851), **Hoppe** (2001), y **Murray Rothbard** (1982, pág. 182).⁴⁶ Esta propuesta, considerada a la luz de la enmienda al artículo I, que hace hincapié en que la participación en el Principado se basa en el libre albedrío, sugiere que Hans-Adam había sido influenciado por las opiniones libertarias sobre la secesión y el Estado. Como señala **Andrei Kreptul** (2003), hasta los pensadores democráticos de izquierda que reconocen un derecho a la secesión, consideran la moderna pertenencia obligatoria a un Estado como algo absolutamente necesario para que pueda haber una sociedad "justa" y no son partidarios de la secesión de los individuos.⁴⁷

Sin embargo, aunque Liechtenstein se asemeja en muchos aspectos al antiguo régimen, ya no es un gobierno privado *en cuanto a su forma*; la Monarquía ya no es propietaria del Estado. Ratón (1970, pág. 106) señala que el principado ya no es "propiedad personal del príncipe." La Constitución de Liechtenstein incorpora muchos elementos de la democracia directa y la gente puede incluso votar para abolir la Monarquía.⁴⁸ Por lo tanto, la concepción democrática del Estado que el público tiene se ha afianzado hasta en

44 Sobre el derecho constitucional a la secesión en Liechtenstein, Véase Beattie (2004a, págs. 181-82, 263-64).

45 Véase Beattie (2004a, pág. 263).

46 El Professor Hoppe, que es conocido del Príncipe, me ha informado que Hans-Adam no se opone a la secesión individual y al respecto tiene solamente preocupaciones de orden "práctico".

47 Para un análisis de las distintas teorías sobre la secesión, Véase Kreptul (2003).

48 Sobre el papel de la democracia directa en Liechtenstein, véase Beattie (2004, págs. 238-42).

Liechtenstein. Sin embargo, la cuestión tratada anteriormente sugiere fuertemente que Liechtenstein sigue teniendo un gobierno privado en sustancia. Ahora tenemos que plantearnos la cuestión de por qué Liechtenstein conservando esos aspectos libertarios siga siendo un Estado de titularidad privada sin ya serlo en cuanto a su forma.

5.- ¿POR QUÉ LIECHTENSTEIN CONSERVA SU LIBERTAD?

La respuesta a la pregunta planteada anteriormente es doble. En primer lugar, Liechtenstein se ha visto relativamente aislado de las ideas políticas y de los levantamientos violentos asociados a la Revolución Francesa. Mientras que algunas ideas democráticas se han asentado —sería imposible que no fuera así— Liechtenstein no ha experimentado ningún cambio repentino, violento en su cultura política. En segundo lugar, mientras que algunas ideas democráticas se han consolidado, el pequeño tamaño del Estado desalienta a los políticos democráticos de perseguir ningún cambio radical.

5.1.- Su aislamiento frente a la Revolución Francesa

La Revolución Francesa y sus consecuencias —que se extienden hasta el día de hoy— son la causa de la mayor parte de los problemas actuales de Occidente y el aislamiento relativo de Liechtenstein respecto de estos eventos explica su prosperidad. Es célebre la frase que escribió Erik von Kuehnelt-Leddihn (1990, pág. 319) que reza: *"Para la persona corriente, todos los problemas datan de la Segunda Guerra Mundial; para el más informado, a la Primera Guerra Mundial; para el auténtico historiador, se remontan a la Revolución Francesa"*. Así pues nuestra investigación se inicia con la Revolución Francesa.

La Revolución Francesa marcó el renacimiento de la democracia de masas en Occidente. Antes de ese momento, casi todos los gobiernos occidentales habían sido monarquías relativamente descentralizadas o repúblicas aristocráticas y elitistas.⁴⁹ En ellas, aunque sí que hubo intentos de centralizar el poder, el proceso fue lento y nunca se toleraron ciertas restricciones a la libertad. Por ejemplo, ningún monarca, ni siquiera el más déspota, pudo

49 Véase Hoppe (2001, págs. 50-54).

instituir el reclutamiento en masa. Kuehnelt-Leddihn (1990, pág. 22; en cursiva en el original) ilustra este punto:

Parece que monarcas, como Luis XIV, José II o George III eran auténticos liberales —según los patrones modernos—. Ninguno de ellos podría haber promulgado un decreto que ordenase a sus súbditos masculinos a enrolarse en su ejército, ni un decreto que regulara la dieta de sus ciudadanos, ni uno que exigiera una confesión general del cabeza de cada familia que revelase todas sus actividades económicas. No fue hasta la época democrática cuando el reclutamiento forzoso, la Prohibición y las declaraciones de impuestos se plasmaron en leyes aprobadas por los representantes del pueblo, que tenían un poder mucho mayor que el que nunca soñaron los monarcas absolutos.

La Revolución Francesa llevó a la aparición del nacionalismo. La Monarquía, al ser una institución internacional, no era propicia al auge del nacionalismo, puesto que la mayoría de los monarcas o eran extranjeros a las personas que gobernaban o se casaban con una persona extranjera o ambas cosas.⁵⁰ Por otra parte, como se mencionó anteriormente, los sujetos de una monarquía se veían menos inclinados a unir sus intereses a los del Estado en su conjunto. Las monarquías lograron detener temporalmente la ola de nacionalismo y democracia posterior a la batalla de Waterloo, pero la semilla ya se había sembrado. La democracia fue ganando terreno hasta que finalmente destruyó a las monarquías de Europa al final de la Primera Guerra Mundial. Al terminar esa guerra la mayoría de los monarcas de Europa o bien habían sido derrocados (como en Francia, Alemania y Austria) o se habían visto reducidos a ser figuras de alto nivel del Estado (como en el Reino Unido). Por lo tanto, el "proceso de descivilización" acuñado por Hoppe se inició con la Revolución Francesa.⁵¹

Liechtenstein, sin embargo, logró evitar enredarse en esos tumultos. Por ejemplo, Ratón (1970, págs.29-30, 103) señala que las revoluciones de 1848 tuvieron poco efecto en Liechtenstein; hubo cierta agitación inicial pero disminuyó rápidamente y sin causar ningún cambio político importante. Varios factores se combinaron para aislar a Liechtenstein de experimentar ningún cambio mayor en su cultura política. Algunas de las razones son bastante

50 Véase Kuehnelt-Leddihn (1952, págs. 153–55).

51 Véase Hoppe (2001, págs. 36–39, 40–43).

obvias. Liechtenstein no tiene recursos naturales y se encuentra en un terreno relativamente remoto, montañoso. A pesar de que después de la Segunda Guerra Mundial se convirtió en uno de los países más ricos de Europa, durante los siglos XIX y XX Liechtenstein fue pobre. Estos hechos, unidos a su pequeña superficie, hicieron que Liechtenstein no fuera un objetivo atractivo para potenciales conquistadores.⁵² Hitler, por ejemplo, despreció al país por ser insignificante.⁵³

Sin embargo la geografía no fue lo único que aislaba a Liechtenstein mientras el resto de Europa iba a la guerra; sus monarcas jugaron un papel principal también. De hecho, Liechtenstein probablemente no habría sobrevivido a las guerras napoleónicas y a la Primera Guerra Mundial, sin el esfuerzo de sus príncipes durante esos tiempos difíciles.

Durante las guerras napoleónicas, escribe Beattie (2004a, pág. 21), Liechtenstein "debería lógicamente haber desaparecido del mapa de Europa". Cuando Napoleón derrotó a Austria, desposeyó a muchos gobernantes alemanes más pequeños y Liechtenstein habría sido un territorio ideal con el que compensarles.⁵⁴ Napoleón obligó al Santo Emperador Romano (Germánico) Franz a abdicar y estableció la Confederación del Rin, una colección de dieciséis Estados alemanes (incluido Liechtenstein) que colocó bajo su protección.

Para Napoleón no tenía mucho sentido incluir a Liechtenstein en la Confederación, ya que era "incongruente (que nadara) entre esos peces mucho mayores".⁵⁵ Esto era aún más sorprendente dada la negativa del príncipe Johann I a renunciar a su lealtad a Viena y a colocarse directamente bajo la autoridad de Napoleón. Extrañamente, Napoleón aceptó acomodar a Johann e incluir una cláusula en los Estatutos constituyentes de dicha Confederación que permitía que cualquier gobernante que deseara permanecer fiel a una potencia extranjera pudiera abdicar en favor de uno de sus hijos. Esta cláusula —aparentemente prevista para la situación de Johann — le dejó abdicar en favor de su hijo de tres años, que no estaba obviamente

52 Véase Beattie (2004a, pág. xi).

53 Véase Beattie (2004a, pág. 101).

54 Véase Beattie (2004a, pág. 21).

55 Beattie (2004a, pág. 21).

en condiciones de gobernar. Napoleón mantuvo esta posición incluso cuando algunos gobernantes alemanes le pidieron que les diese Liechtenstein.⁵⁶

Las razones de la parcialidad de Napoleón hacia Johann no están claras. Johann claramente hace todo lo posible para conservar su principado, porque sabía que, si la Casa de Liechtenstein perdía, perdería su condición de príncipe y se convertiría en un simple miembro de la alta aristocracia. Al parecer, a Napoleón le gustaba Johann, le admiraba en el plano personal, y puede ser que creyese que Johann le podría ser útil como contacto en Viena o como sustituto de gobernantes alemanes que no cooperasen. Lo que está claro es que Liechtenstein no habría sobrevivido a las guerras napoleónicas sin la habilidad diplomática de Johann I, su independencia de criterio y su determinación para retener su principado.⁵⁷

Gracias a los esfuerzos de otro Johann —Johann II— Liechtenstein sobrevivió a la Primera Guerra Mundial, la guerra que destruyó el viejo orden en el resto de Europa. Como se mencionó anteriormente, a pesar de cierta presión popular para que Liechtenstein entrara en la guerra junto a Austria, que era su gran aliado en aquella época (Austria representaba los intereses de Liechtenstein en el extranjero), Johann mantuvo una política de estricta neutralidad. De haber luchado contra los aliados, al finalizar la guerra su país probablemente habría sido víctima de los esfuerzos de Woodrow Wilson dirigidos a "hacer el mundo seguro para la democracia". Después de la guerra, los aliados disolvieron el Imperio austríaco; lo que llevó a Johann II a realinear Liechtenstein alejándolo de Austria y acercándolo a la neutral Suiza para poder tener así representación en el exterior.⁵⁸ La visión política de futuro de Johann II —la disolución del ejército, la política de neutralidad durante la Primera Guerra Mundial y el realineamiento con Suiza— sentó las bases para que su país permaneciera neutral durante la Segunda Guerra Mundial (con Franz Josef II) y evitara así otro gran desastre del siglo XX.

La inteligente diplomacia de Johann I y la previsión de Johann II reflejan dos rasgos comunes antes mencionados de los gobernantes monárquicos pero que por lo general faltan por completo en los líderes democráticos: el cosmopolitismo y la visión a largo plazo. El cosmopolitismo de Johann I y su

56 Véase Beattie (2004a, págs. 21-22).

57 Véase Beattie (2004a, págs. 21-22).

58 Sobre el realineamiento con Suiza, véase Beattie (2004a, págs. 50-57).

habilidad diplomática le ganaron el respeto y la admiración de uno de los mayores y más despiadados conquistadores —quien después, demostró su admiración preservando el principado de Johann I cuando podría haberle interesado más confiscarlo—. La previsión de Johann II lo salvó de la Primera Guerra Mundial y sentó las bases de su neutralidad en la Segunda Guerra Mundial. Es dudoso que un gobernante democrático pudiese haber salvado a Liechtenstein de cualquiera de las guerras napoleónicas o de las guerras mundiales.

El aislamiento de Liechtenstein de la Revolución Francesa ayuda a explicar sus tendencias libertarias. Los cambios en la concepción de la relación entre el gobierno y la gente del país han sido lentos y pulatinos, en lugar de rápidos y violentos. Los amplios poderes de la monarquía ejercen una influencia moderadora sobre los políticos de Liechtenstein. Evitan que propongan ningún cambio drástico por temor a un veto real y, con Franz Josef II, hasta se avendrían a presentar los proyectos de ley al Príncipe antes de proponerlos.⁵⁹ Hans-Adam II ha utilizado métodos menos convencionales —como sus discursos y los medios de comunicación— para hacer llegar su mensaje.⁶⁰ Por lo tanto, mientras que el país ya no es un gobierno privado en su forma —hoy en día, sería prácticamente imposible que un monarca reclamase un Estado como suyo— sigue siendo un gobierno privado en sustancia; las viejas políticas monárquicas de impuestos mínimos y mínima intervención en la economía siguen vigentes. El resultado es un grado de libertad y prosperidad que no se encuentran en ningún otro Estado occidental.

La primacía continuada de la Monarquía —Beattie (2004a, pág. 225) señala que la figura de "Hans-Adam II ha sido equiparada a veces a un partido político de pleno derecho"— desalienta a los peores demagogos hasta de entrar en política. Los demagogos hambrientos de poder es poco probable que intenten llegar al poder cuando saben que siempre permanecerán por debajo de la Monarquía en influencia. Jaime Balmes (1850, pág. 143) describe elocuentemente esta ventaja de la monarquía:

Viendo las cosas en abstracto, no hay nada más sorprendentemente absurdo que una monarquía hereditaria, la sucesión asegurada a una familia, que podrá, en cualquier

59 Véase Beattie (2004a, págs. 218–19).

60 Véase Beattie (2004a, págs. 224–25).

momento, llevar al trono a un niño, a un tonto o a un miserable: y sin embargo, en la práctica, no hay nada más sabio, prudente y más previsor. Esto nos lo ha enseñado la larga experiencia de los siglos, se ha demostrado por la razón y probado por las tristes advertencias de aquellas naciones que han intentado una monarquía electiva. Ahora, ¿cuál es la causa de esto? Es lo que estamos tratando de explicar. La monarquía hereditaria se opone a todas las esperanzas de ambición irregular; sin ella la sociedad siempre contiene un germen de problemas, un principio de revuelta, que se nutre de los que conciben la esperanza de alcanzar un día el poder. En momentos de tranquilidad y bajo una monarquía hereditaria, un sujeto, aunque sea rico, por distinguido que sea por su talento o su valor, no puede esperar ser rey, si no es un loco; y tal pensamiento nunca se le pasa por la cabeza. Pero de cambiar las circunstancias y, si se admitiese, no voy a decir la probabilidad sino, la mera posibilidad de semejante acontecimiento, verían ustedes que habría de inmediato ardientes candidatos.

5.2.- El tamaño del Estado

Otro factor que ha contribuido a frenar el crecimiento del Estado en Liechtenstein: es el pequeño tamaño del Principado. Liechtenstein cubre una pequeña área territorial y la población fue sólo de 33.525 habitantes en 2001.

⁶¹ Los Estados pequeños tienen pocos incentivos para interferir en la economía por varias razones. En primer lugar, todas las áreas del Estado están próximas a los Estados vecinos, lo que facilita a los ciudadanos saber lo que pasa en otros Estados y, si es necesario, "votar con los pies" o sea emigrar; los ciudadanos de los Estados pequeños pueden emigrar fácilmente porque están invariablemente cerca de un Estado vecino. Esto les da a los pequeños Estados un incentivo para mantener bajos los impuestos y, en general maximizar la prosperidad interviniendo tan poco en economía como sea posible. A diferencia de los Estados grandes, que pueden, en su mayor parte, recaudar impuestos y gastar cuanto deseen, ya que es difícil que sus ciudadanos puedan salir, los Estados pequeños deben competir con otros. ⁶² Hans-Adam II ya lo señaló y lo vió como algo positivo; argumentó que "los Estados deben competir entre sí en paz, para ofrecer sus servicios a los

61 Véase Beattie (2004a, pág. 335).

62 Véase Hoppe (2001, cap. 5; 1998).

clientes al precio más bajo".⁶³ A los Estados grandes, por el contrario, la competencia no les gusta. Estados Unidos lo ha llevado al extremo, aumentando recientemente los impuestos de los Estadounidenses que viven en el extranjero (lo que impulsó a muchos de ellos a renunciar a su nacionalidad).⁶⁴ Estados Unidos es "el único país desarrollado que grava a sus ciudadanos, aunque residan en otro país".⁶⁵ Esta política es especialmente grave dado que los Estadounidenses que no viven en los Estados Unidos no reciben ninguno de los supuestos "beneficios" de la ciudadanía Estadounidense.

En segundo lugar, el proteccionismo puede ser desastroso en un pequeño Estado. En un Estado grande como Estados Unidos, las personas pueden seguir prosperando a pesar de tarifas excesivas, siempre y cuando el gobierno no restrinja el comercio interno, ya que la mayoría de los productos se pueden obtener dentro de las fronteras. En un Estado pequeño, por el contrario, la economía interna es mucho menos diversa y la gente tiene que comerciar con los Estados vecinos para subsistir.⁶⁶ Por lo tanto, como escribió el filósofo del Derecho **Carlo Lottieri** (2002, págs. 35-36):

Los cantones suizos, Liechtenstein, San Marino, Andorra o Mónaco nunca pensaron que podrían obtener ventajas negando el comercio internacional. Estas pequeñas comunidades —los únicos auténticos herederos del gran espíritu europeo— están interesadas en la difusión de los principios libertarios y del libre mercado. Quieren exportar sus especialidades y comprar todos los bienes que no pueden (o no quieren) producir. De hecho, estas pequeñas entidades políticas están en la mejor posición para enseñar una lección importante: la división internacional del trabajo es útil para los individuos, las familias, las comunidades y las empresas.⁶⁷

Por último, como Lottieri (2002, págs. 34-35) señala, los ciudadanos de un Estado pequeño son menos propensos a tolerar programas de redistribución que sus contrapartes en un Estado grande. En un Estado grande, los costos de

63 Citado en Beattie (2004a, pág. 181).

64 Véase Carvajal (2006).

65 Carvajal (2006).

66 Véase Hoppe (2001, cap. 5; 1998).

67 De modo que no es una coincidencia que la mayoría de los demás "paraísos fiscales" que fueron blanco de las críticas de la OCDE —como Mónaco y Andorra— fueran también Estados pequeños.

los programas de redistribución pueden ser repartidos entre millones de contribuyentes. Por lo tanto, las consecuencias económicas no son inmediatamente tan evidentes como para provocar una revuelta. En un Estado pequeño, por el contrario, el impacto de la subida de impuestos se sentiría instantáneamente y provocaría o una revuelta o una emigración masiva.⁶⁸

El aislamiento de Liechtenstein de la Revolución Francesa y su pequeño tamaño han hecho que sea uno de los Estados más libres —si no el más libre— de Occidente. La ininterrumpida fortaleza de la Monarquía ha dejado en gran parte intactas las viejas políticas de intervención limitada y bajos impuestos. Por otra parte, aunque el Estado se ha democratizado, no ha sido invadido por los demagogos, porque la posición preeminente de la Monarquía les disuade de entrar en la arena política. Por último, los políticos elegidos es poco probable que persigan cualesquiera políticas intervencionistas radicales debido a que la pequeña extensión de Liechtenstein se opone a ellas.

6.- CONCLUSIÓN

Liechtenstein es importante para los estudiosos de la libertad. A lo largo de su historia, las bajas preferencias temporales de sus gobernantes y el alto grado de conciencia de clase de su gente se han combinado para reducir la expansión del Estado. Los accidentes de su geografía y de un liderazgo muy competente han aislado al Principado de los trastornos que acompañan al surgimiento de la democracia. La teoría del gobierno privado de Hoppe ayuda a explicar el éxito continuo del Principado y, a su vez, el desarrollo de Liechtenstein ofrece una amplia evidencia de la validez de su teoría.

Sin embargo, cabe señalar que Liechtenstein ha adoptado políticas que algunos libertarios pueden encontrar desagradables. Por ejemplo, existe una religión oficial (el catolicismo) y la instrucción religiosa es obligatoria en las escuelas públicas. Las iglesias católicas reciben fondos de los contribuyentes. Sin embargo, la Constitución garantiza la libertad de conciencia, por lo que sus habitantes siguen siendo libres de elegir sus propios medicamentos o su religión.⁶⁹ Las drogas y la prostitución son ilegales, pero esto está cambiando poco a poco, al menos respecto a las drogas. De acuerdo con Beattie (2004a,

68 Beattie (2004a, págs. 275–76) reconoce esto también, indicando que el pequeño tamaño de Liechtenstein unido a la vigilancia de sus votantes limitan el crecimiento del Estado.

69 Véase Beattie (2004a, págs. 265–70).

pág. 347), *"la filosofía de Liechtenstein es dar apoyo a todos sus miembros si bien es responsabilidad de cada uno cuidar de su propia salud, en vez de perseguirlos por un comportamiento que la ponga en peligro"*. Por lo tanto, Liechtenstein está despenalizando gradualmente el consumo de drogas. El Principado está adoptando un enfoque lento *"con el fin de no comprometer los intereses de sus vecinos, enviar señales equivocadas al resto del mundo o provocar una expansión incontrolable del comercio y del consumo"*.⁷⁰

La libertad y la prosperidad de Liechtenstein también da una idea a los libertarios de lo que podría ser la forma de Estado más tolerable de cuantas existen hoy. Este estudio sugiere que, si ha de haber un Estado con su forma democrática moderna —ya que una vuelta al antiguo régimen, en el que el Estado sea propiedad del monarca, parece imposible— entonces la forma más tolerable sería la de una monarquía constitucional, en la que el monarca retuviese amplios poderes para desalentar la demagogia. El Estado debe también ser restringido a un área pequeña (tanto en población como en territorio), dando a los políticos pocos incentivos para expandir el Estado. Bajo tal situación, como nos muestra Liechtenstein, la monarquía es, en palabras de **Charles Maurras**, *"lo menos malo y la posibilidad de algo bueno"*.⁷¹

Los escépticos pueden señalar a Suiza como ejemplo de una democracia libre y próspera. Suiza, sin embargo, no es el contraejemplo que parece ser a primera vista; la democracia en Suiza se diferencia de la democracia en otros países occidentales. Como **Jonathan Steinberg** (1996, cap. 3) y **Thomas Fleiner** (2002) señalan, Suiza es mucho menos centralizado que sus vecinos; los gobiernos cantonales y locales gozan de una gran autonomía. Suiza, como Liechtenstein, no ha adoptado la democracia de masas al estilo de la revolución francesa.⁷² Por lo tanto, el origen de la libertad en Suiza no es la moderna democracia de masas, sino una mezcla de genuino federalismo y de democracia directa localizada⁷³ que no se encuentran en otros Estados occidentales. De hecho, Fleiner (2002, págs. 108-112) argumenta que en Suiza la democracia no puede funcionar sin el federalismo (y viceversa).

70 Beattie (2004a, págs. 347-48).

71 Citado en Kuehnelt-Leddihn (1990, pág. 329).

72 Véase Steinberg (1996, pág. 88).

73 Que tuvo vigencia en Norteamérica bajo los artículos de la Confederación y la Constitución hasta 1861.

Lo que es aún más importante, tenemos que recordar el deseo del Príncipe Hans-Adam II de establecer un ejemplo internacional para constitucionalizar la secesión. El regreso al régimen monárquico en Estados grandes es probablemente imposible y, en cualquier caso, al considerar los modernos Estados-nación, la monarquía es solo un mal menor frente a la democracia. Nuestro objetivo debe ser crear, por la vía de las secesiones, "*decenas de miles de distintos países, regiones y cantones, y cientos de miles de ciudades libres independientes semejantes a las 'rarezas' que hoy en día son Mónaco, Andorra, San Marino, Liechtenstein, Hong Kong y Singapur*".⁷⁴

7.- REFERENCIAS

Balmes, Jaime. 1850. "*Protestantism and Catholicity Compared in Their Effects on the Civilization of Europe. Baltimore*": John Murphy & Co.

Beattie, David. 2004a. "*Liechtenstein: A Modern History*". New York: I.B. Tauris.

———. 2004b. "*The House of Liechtenstein: A Study in Monarchy*". The Royal Stuart Papers LXV. Wiltshire, U.K.: Royal Stuart Society.

Carvajal, Doreen. 2006. "*Tax Leads Americans Abroad to Renounce U.S.*" (December 18). <http://www.nytimes.com/2006/12/18/world/18expat.html?ei=5090&en=5655d020c1763b3f&ex=1324098000&partner=rssuserland&emc=rss&pagewanted=print>, accedido el 10 de Febrero 2007.

Ferguson, Niall. 1999. "*The Pity of War: Explaining World War I*". New York: Basic Books.

Fleiner, Thomas. 2002. "*Recent Developments of Swiss Federalism*". *Publius* 32 (2): 97–123.

Hoppe, Hans-Hermann. 2001. "*Democracy—The God That Failed: The Economics and Politics of Monarchy, Democracy, and Natural Order*". New Brunswick, N.J.: Transaction.

———. 1998. "*The Economic and Political Rationale for European Secessionism*". In *Secession, State, and Liberty*. David Gordon, ed. New Brunswick, N.J.: Transaction. págs. 191–223.

74 Hoppe (2001, pág. 118).

Jouvenel, Bertrand de. [1948] 1993. *On Power: The Natural History of Its Growth*. Indianapolis: Liberty Fund.

———. [1957] 1998. *Sovereignty: An Inquiry Into the Political Good*. Indianapolis: Liberty Fund.

Kreptul, Andrei. 2003. *The Constitutional Right of Secession in Political Theory and History*. *Journal of Libertarian Studies* 17 (4): págs. 39–100. http://www.mises.org/journals/jls/17_4/17_4_3.pdf.

Kuehnelt-Leddihn, Erik von. 1990. *Leftism Revisited: From De Sade and Marx to Hitler and Pol Pot*. Washington, D.C.: Regnery Gateway.

———. [1952] 1993. *Liberty or Equality? The Challenge of Our Time*. Front Royal, Va.: Christendom Press.

———. 2000. *Monarchy and War*. *Journal of Libertarian Studies* 15 (1): Págs. 1–41. http://www.mises.org/journals/jls/15_1/15_1_1.pdf.

———. [1943] 2007. *The Menace of the Herd or Procrustes at Large*. Auburn, Ala.: Ludwig von Mises Institute.

Liechtenstein prince wins powers. 2003. (March 16). <http://news.bbc.co.uk/2/hi/europe/2853991.stm>, accedido el 10 de Febrero 2007.

Lottieri, Carlo. 2002. *European Unification as the New Frontier of Collectivism: The Case for Competitive Federalism and Polycentric Law*. *Journal of Libertarian Studies* 16 (1): págs. 23–44.

http://www.mises.org/journals/jls/16_1/16_1_2.pdf.

Mencken, H.L. 1926. *Notes on Democracy*. New York: Knopf.

Nickerson, Hoffman. 1942. *The Armed Horde, 1793–1939: A Study of the Rise, Survival, and Decline of the Mass Army*. New York: Putnam.

Raton, Pierre. 1970. *Liechtenstein: History and Institutions of the Principality*. Vaduz, Liechtenstein: Liechtenstein-Verlag, 1970.

Rothbard, Murray N. [1982] 1998. *The Ethics of Liberty*. New York: New York University Press.

Spencer, Herbert. [1851] 1969. *The Right to Ignore the State*. In *Social Statics*. New York: August M. Kelley Publishers. págs. 206–16.

Steinberg, Jonathan. 1996. "*Why Switzerland?*" 2^a ed. Cambridge: Cambridge University Press.